



Hasta que se vaya el último: papel de los sacerdotes católicos en el
conflicto armado en Granada, San Carlos y Cocorná (Ant)

Eddy Alejandra Morales Ríos

Trabajo de grado presentado para optar al título de Periodista

Tutor:

Wilmar Albeiro Vera Zapata

Periodista

Magister en Historia

Universidad de Antioquia
Facultad de Comunicaciones y Filología

Periodismo

Medellín, Antioquia, Colombia

2021

Tabla de Contenido

Una violencia que fluye y estanca	1
I.....	5
II.....	13
III.....	23
La dignidad no está en juego	34

Una violencia que fluye y estanca

El río Calderas corre apacible resguardado por las montañas y la inmensidad de los árboles que crecen a su alrededor; por momentos se enfurece y choca contra las grandes rocas que se atraviesan en su camino formando grandes hileras de espuma; en algunos tramos es represado por inmensas construcciones que lo utilizan para generar energía. El aire caliente que lo acompaña parece hacer honor a su nombre. En su ruta recorre, entre muchos otros lugares, veredas de Granada, San Carlos y Cocorná, en los que sirve de cobijo para la fauna y la flora local y en el que se bañan cientos de turistas y locales. Todos estos son municipios del oriente de Antioquia, todos sumamente ricos en fuentes hídricas y biodiversidad, y todos fuertemente golpeados por el conflicto armado.

Sería válido pensar que su bendición más grande se convirtió en su mayor condena. Su riqueza en fuentes de agua (están rodeados por más de cuatro ríos cada uno), sumado a su posición estratégica en el departamento los convirtió en protagonistas en muchas ocasiones, primero para la buena noticia del desarrollo, y finalmente para la destrucción que trae consigo la guerra.

Hace más de cuatro décadas empezaron a llegar a estos municipios y a otros más como San Francisco y San Luis, escondidos entre montañas y alejados de las grandes ciudades, empresas con sus expertos y maquinarias a hacer planos, medir, contar, y luego demoler, dinamitar, represar y reformar la libertad de esos ríos e irrumpir en la tranquila vida cotidiana de los arrieros que con sus propias manos habían hecho esta tierra la suya, que alrededor de una humilde capilla habían construido su vida y la de su descendencia

A mediados de los años 60 el boom del desarrollo se tomó el oriente de Antioquia. Los gobiernos departamental y nacional idearon un plan que aprovecharía el potencial del territorio para convertirlo en una zona industrial y que además, proveyera la tercera parte de la energía eléctrica del país a través de sus decenas de ríos, entre ellos el Calderas. Se pusieron en marcha entonces ambiciosos proyectos como el aeropuerto José María Córdova, la Autopista Medellín-

Bogotá, que lo atravesaría de tajo, y el complejo hidroeléctrico del Oriente que contemplaba la construcción de cinco centrales hidroeléctricas.

Sin embargo, las empresas privadas encargadas de su ejecución, y el gobierno nacional se encontraron con un obstáculo que quizás no planearon: los pobladores, en su mayoría agricultores, quienes con sus propias manos habían labrado la tierra heredada sagradamente de sus abuelos, se negaban a dejarse convencer por esa idea de progreso, rechazaban el hecho de que para poder traer el desarrollo, que después de tantos trabajos los corrieran sin más de la tierra que los había bautizado.

Estos proyectos, principalmente los hidroeléctricos, implicaban el desalojo de miles de hectáreas de uso agrícola e incluso, en el caso del municipio de El Peñol, a 68 kms de Medellín, su casco urbano entero tuvo que ser reubicado pues debía ser inundado para dar paso al embalse de El Peñol-Guatapé, que ocupa un total de 6.365 hectáreas. Esto, sumado a la falta de comunicación entre las empresas privadas y las comunidades, provocó diversos enfrentamientos en los que tuvo que intervenir la fuerza pública pues grandes grupos de personas se reunían para bloquear el paso de la maquinaria.

Poco a poco se fueron juntando como antes lo hacían para abrir una vía, construir una casa o recoger la cosecha, pero ahora lo hacían para protestar por sus derechos, por la libertad que les estaban quitando. Así se fue formando un movimiento cívico que propendía por los derechos de los desplazados y de las comunidades afectadas por estos proyectos. Su época de mayor despliegue la tuvo durante los años ochenta, cuando se empezaron a promover protestas y paros cívicos en contra de las medidas adoptadas por la Electrificadora de Antioquia, quien regentaba el circuito eléctrico, entre las que se encontraban subir las tarifas de energía eléctrica, hasta el punto de que el Oriente llegó a tener la tarifa más alta de todo el país, aun cuando ellos eran quienes proveían la mayor parte de la energía. Se buscaron espacios de diálogo y concertación, pese a la negativa de las empresas y la misma gobernación de Antioquia.

Este grupo de personas empezó a hacerse conocido como el Movimiento Cívico del Oriente, que a su vez fue configurándose como distintos movimientos políticos en municipios como Marinilla, San Carlos y Granada que se presentaron en las elecciones regionales de 1990. Sin embargo, con la visibilidad comenzaron las amenazas, las intimidaciones y finalmente los

asesinatos. Un total de 25 de sus miembros fueron asesinados, y muchos más se exiliaron por miedo a las represalias.

Con esta situación se fueron dando las condiciones para la llegada de los grupos armados que empezaban a figurar con más fuerza en el panorama nacional. Llegaron en forma de los grandes mesías que venían a salvar a los desprotegidos campesinos. Primero fue el ELN a finales de los años setenta con los Frentes Carlos Alirio Buitrago y Bernardo Arroyave y luego las FARC a mediados de los ochenta con los bloques 9 y 47; se fueron situando a orillas del Río Nare, bordeando los municipios de Granada, San Carlos, Cocorná y San Luis. Empezaron a convivir casi sin problema con sus habitantes que como buenos samaritanos, les dieron la bienvenida con confianza.

Las estructuras guerrilleras vieron en esta zona una gran oportunidad para establecer su proyecto subversivo por varias razones: existía indignación por la pugna con las hidroeléctricas, lo que había generado un movimiento social establecido y avanzado en el territorio; la presencia de estas infraestructuras y una naciente zona industrial podría constituir un factor decisivo de presión al Estado y la sociedad, a la vez que podía generarles ingresos; la Autopista Medellín Bogotá que conecta dos de las ciudades más importantes del país les daba la oportunidad de afectar gravemente el comercio y el transporte si lograban controlarla; la zona está demasiado cerca a Medellín, centro del tráfico de armas y drogas; y las características boscosas del territorio eran adecuadas para esconderse y establecer campamentos.

A mediados de los años 90 hicieron presencia las Autodefensas de Córdoba y Urabá y las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio con los bloques Jose Luis Zuluaga, Metro y Cacique Nutibara, quienes se estaban desplegando de sus lugares de origen como un plan de embestida contra las fuerzas guerrilleras. Con este panorama, los grupos guerrilleros reaccionaron situándose en todo el corredor de la Autopista Medellín Bogotá, y buscaron rodear el complejo hidroeléctrico y hacerse a su poder. Ninguno iba a ceder al control de tan importantes tesoros, y si lo hacían, sería a sangre y fuego.

Esta vez, como hace cuatro décadas, esta región fue vista como un sector estratégico a costa de quienes le habían dado vida: los campesinos y pobladores que sembraron, construyeron y santificaron parcelas, fincas y casas. Así, la belleza y fuerza de los grandes ríos que surcan los pueblos terminó condenando, sin quererlo, a muchas personas que habían sido bendecidas con

tierras fértiles y hermosas, pero que fueron sentenciadas a quedar a la merced de la avaricia de un Estado ignorante y unos actores armados ciegos de ira, venganza y destrucción.

Pero la vida tenía que continuar, así como los ríos continuaron con su ímpetu pese a ser intervenidos tan bruscamente, pese a las balas, al dolor y a la sangre que muchas veces los teñía, mucha gente continuó resistiendo, negando a dejarse llevar completamente por la desesperación.

Estas son tan sólo tres historias del conflicto armado de las miles que hay en las sierras, las ciénagas, los llanos y las montañas de este país, pero que demuestran una forma de resiliencia y resistencia de las comunidades que se han negado a despojarse de su dignidad y más importante aún, de la fe de que todo puede mejorar.

Son protagonistas los sacerdotes católicos que acompañaron a las comunidades en el trasegar de ese difícil tiempo. Parte de su misión siempre fue acompañar contra viento y marea a su rebaño y así lo hicieron, convirtiéndose en médicos, sepultureros, psicólogos y mediadores humanitarios, dejando atrás sus miedos para enfrentar los de la comunidad con la frente en alto.

La idea original de este trabajo era retratar cómo habían vivido estas situaciones, pero, reproduciendo lo que muchos de ellos expresaron en las entrevistas, es imposible separar al pastor de su rebaño, y detrás de sus relatos y vivencias está la historia de dignidad y resistencia de los pueblos que lucharon hasta el final por mantenerse a flote agarrándose de la fe en Dios y en ellos mismos.

I

Las calles empezaron a llenarse de gente como no se había visto en mucho tiempo. Empezaron a salir, primero unos cuantos, luego muchedumbres. Todas las tardes recorrían las estrechas calles del pueblo en una procesión con la que buscaban espantar los fantasmas de la soledad y el miedo que los acosaban. A la cabeza siempre iba el Santísimo, una representación en forma de sol del cuerpo de Cristo, seguido del sacerdote y finalmente, el grupo de feligreses. Siempre rezaban, elevando plegarias al cielo para que la guerra dejara de ensañarse con ellos.

En menos de diez años Granada, un poblado enclavado en una seguidilla de montañas de todas las formas de verde, había pasado de ser una despensa agrícola a ser un pueblo fantasma. A las seis de la tarde todo estaba cerrado. Ni un alma se asomaba por el parque principal, ni las calles ni mucho menos por los caminos veredales o las carreteras; los negocios que algún día fueron prósperos y pujantes, estaban en la quiebra y se cerraban con un estruendo estremecedor ante la menor sospecha. Escuchar una puerta cerrándose o una persiana cayendo se convirtió para los habitantes en una razón para temer, para huir.

Hasta las iglesias, por lo general abiertas todo el día y ocupadas permanentemente por señoras de manto en la cabeza, madres con sus niños ociosos y trabajadores con la ropa sucia y desgastada, empezaron a quedarse solas. La eucaristía de seis de la tarde tuvieron que pasarla para las cinco y aun así, la gente evitaba hasta ir a rezar. No podía saberse cuándo pasaría algún hecho que lamentar. “La gente estaba totalmente desanimada, desmotivada, entregada por la tristeza; fue una situación muy difícil, porque las personas, a nivel mental, estaban acabadas, sin esperanza, sin motivaciones para seguir luchando”, recuerda el párroco para esa época, Oscar Orlando Jiménez, que estuvo en la población durante ocho años, los más cruentos de la violencia.

El miedo se había apoderado de la población desde que las FARC y los paramilitares habían decidido que el pueblo debía pertenecerles y habían realizado dos incursiones que dejaron 42

mueritos en total, todo esto, en menos de un mes en el año 2000. Empezó a vaciarse poco a poco y luego, se iban cientos de personas en un sólo día, dejando abandonadas veredas enteras. Así, la ley del fusil se volvió la ley imperante e iban asesinando personas ante la menor sospecha de que estaban auxiliando al grupo contrario.

El primer gran golpe que recibieron se dio el 3 de noviembre del año 2000, cuando un comando del Bloque Metro de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá invadió el parque principal y asesinó en menos de media hora a 19 personas, a quienes sacaban de sus casas y ejecutaban en la calle, frente la mirada horrorizada de sus vecinos. Posteriormente, debido a este hecho, esa facción del grupo armado tomó el nombre de Héroes de Granada.

A partir de ahí, todo fueron hostigamientos, retaliaciones de un grupo y otro que veían en Granada un territorio estratégico en su frente de guerra, debido a su cercanía con la autopista Medellín Bogotá y algunas centrales hidroeléctricas, abundantes en la región. Empezaron los toques de queda, las amenazas constantes y los asesinatos todos los días, principalmente en las veredas.

Los únicos que se atrevían a salir y recorrer los caminos en medio de esta desolación, además de la ambulancia del pueblo y alguno que otro bus y escalera, era un Trooper destartado de tanto andar por las vías destapadas, que transportaba a los curas del pueblo quienes se resistían a dejar de cumplir su labor. Muchas veces era ese carro el primero en llegar después de una masacre y en medio del terror eran los hombres vestidos con cleriman quienes tenían que arremangarse el pantalón y recoger los muertos que sus familias no se atrevían a ir a buscar, pues habían quedado tirados en medio de la nada, víctimas de un combate o una ejecución arbitraria. Muchas veces los únicos que lograban entrar a las veredas eran ellos y tenían que cargar, además de con los instrumentos de su oficio, con mercados y medicamentos para las comunidades que podían durar semanas incomunicados de cuenta de los bloqueos de los grupos armados.

La situación empeoró el 6 de diciembre de 2000, cuando en horas de la mañana se parqueó un carro cerca al parque principal, y después y sin previo aviso, voló en pedazos: llevaba 400 kilos de dinamita dentro y había sido detonada a control remoto por guerrilleros de los frentes 9, 47 y 34 de las FARC con la intención de atentar contra la estación de policía, sin embargo terminó llevándose consigo la vida de 23 civiles y 5 uniformados, dejando 25 heridos, y

convirtiendo parte del municipio en un cementerio de escombros después de casi 20 horas seguidas de combate.

Clara Vélez fue una de las primeras periodistas en llegar a la zona, como reportera de El Colombiano, “cuando nosotros entramos, vimos el pueblo destruido, eso fue horrible porque no había nada, uno empezaba a caminar y lo que veía era lo que muestran en las películas de la segunda guerra mundial, había escombros por todas partes, pedazos de personas tirados, la gente abrazándose, llorando, barriendo, tratando de limpiar”, cuenta.

Esto pareció sepultar el ánimo de la gente y marcó el comienzo del éxodo: primero eran unas cuantas personas y luego salían buses y chivas repletas de personas hasta en el techo; mucha gente se iba a casa de familiares o conocidos en los municipios cercanos o las grandes ciudades; sin embargo otros, en su mayoría campesinos de veredas alejadas, salían sin rumbo alguno a tentar a la suerte. Los que decidían quedarse se engavetaban en sus casas preparándose en silencio para el próximo ataque, cuidando cada paso, cada palabra.

Uno de los desplazados fue el Padre Laureano Toro, quien con 66 años en ese momento era el párroco del pueblo. Después de haber soportado la muerte de su chofer y la toma de la guerrilla totalmente solo en la casa cural pues sus compañeros tuvieron que refugiarse en otras casas, su salud física y mental terminó por deteriorarse y algunos de sus allegados tuvieron que pedirle al obispo de la diócesis de Sonsón Rionegro Monseñor Flavio Calle su traslado. Dos semanas después, el 22 de diciembre, llegó el Padre Oscar Orlando.

Al llegar allí, recibió un pueblo que entre las ruinas de la explosión trataba de levantarse. Cerca a los esqueletos de los edificios la gente aún recogía escombros y limpiaban el polvo de las calles. Pese a que faltaban tan solo dos días para la celebración de la navidad el ambiente festivo había desaparecido, y aún así, la gente no había dejado de moverse. El 9 de diciembre, sólo tres días después de la toma, realizaron lo que se denominó ‘la marcha del ladrillo’, en la que alrededor de cuatro mil personas se movilizaron por las calles del pueblo con un ladrillo en la mano, con el que simbolizaban su reconstrucción.

La toma había dejado 82 locales y 127 viviendas destruidas, así como 106 más averiadas. A través de la campaña ‘Todos Juntos por Granada’ lograron movilizar a empresas y colonias de granadinos en otras ciudades y recogieron alrededor de 550 millones de pesos, con los que acudieron al gobierno nacional pidiendo ayuda para levantar de nuevo el pueblo destruido

Unos años atrás, Granada había sido llamada ‘la cuna del cooperativismo colombiano’ porque el actuar de las cooperativas estaba muy presente en su territorio, pero para entonces el panorama era diferente y el municipio se estaba quedando solo, y los que se quedaban estaban encerrados y muertos de miedo. El pueblo amenazaba con desaparecer pues poco a poco iban quedando veredas enteras como El Vergel, La María y El Tablazo casi deshabitadas. En el 2000 el municipio contaba con 19.444 habitantes, mientras que en 2002 se realizó un registro de tan solo 6.000.

Y es que la guerra había parecido ensañarse con el pueblo. Sus montañas que rodean el paisaje por donde uno mire, le valieron el triste apelativo de ‘pueblo guerrillero’, pues muchas de sus veredas se convirtieron en centro de operaciones de las guerrillas de las FARC y el ELN. La presencia de hombres y mujeres armados por los caminos de corregimientos como Santa Ana se había vuelto rutina para muchos. “Cuando uno iba a celebrar la eucaristía en las veredas ellos estaban allí, uno encontraba en la escuela 40 o 50 guerrilleros junto con la gente de la vereda”, cuenta el padre Oscar Orlando.

Los grupos paramilitares de la zona embistieron brutalmente contra la población civil con esta misma excusa. Era un peligro hasta tener la cédula inscrita allí, porque si en alguno de los múltiples retenes por los que tenían que pasar cada día se encontraban con algún paramilitar caprichoso, podrían firmar su sentencia de muerte.

Durante los combates en las zonas rurales, los guerrilleros asesinados eran muchas veces traídos al pueblo y eran recibidos por los médicos y sacerdotes del pueblo. El padre Oscar Orlando recuerda que: “se enterraban en bóvedas como N.N., inclusive muchas veces venían los papás de ellos y uno tenía que decirles que mejor, como corrían peligro porque estaban pendientes los paras, que se fueran para la casa, que yo me encargaba de hacerles el entierro, que yo les avisaba donde quedaba, pero que por favor no fueran a llorar ni a decir nada para evitar que su vida quede en riesgo. Además era gente muy pobre, había que ayudarlos, regalarles el entierro, darles para el pasaje, darles mercado porque era gente que quedaba desprotegida”

Hoy, el padre Oscar Orlando habla desde su oficina en la casa cural de la Parroquia Nuestra Señora del Carmen en el municipio de La Ceja, a 52 kilómetros de Granada. Es un hombre alto, de presencia bonachona y voz profunda y sonora. Proveniente de El Santuario, municipio ubicado entre Marinilla y Granada, es hijo de humildes campesinos que aún, pese

a la edad, permanecen en la zona rural. Desde entonces ha permanecido en el territorio, colaborando con temas de paz y caridad. Aunque las canas empiezan a notarse en su pelo, parece continuar con la energía intacta, con una sonrisa permanente y una risa sonora y gruesa. Pese a esto no puede evitar que se le agüen los ojos cuando recuerda los acontecimientos de esa época: “Se dio un desplazamiento muy fuerte en el 2001 cuando a las veredas la guerrilla les dio un ultimátum, que se unían a ellos o tenían que dejar la vereda, casi todas las personas prefirieron dejarla, entonces algunos se vinieron para el pueblo, otros se fueron para otras ciudades donde encontraban familia o amigos. Fue un momento muy duro porque uno ver a esos pobres campesinos enseñados a trabajar fuertemente, solos en el pueblo, tristes, agobiados, no era fácil”.

Los sacerdotes traían consigo la consigna de no abandonar el pueblo y por esto tuvieron que resistir con su sotana como único escudo. Las masacres, y con ellas las velaciones y los funerales, se fueron convirtiendo en cosa de todos los días. La misma administración tuvo que pactar con la parroquia para que fueron ellos quienes donaran los elementos del funeral: la bóveda, el entierro, la eucaristía, mientras que ellos donaban el ataúd. Se construyeron más bóvedas en el cementerio. Con todo esto, ellos parecieron entendieron una cosa: si no podían salvar a la gente de la guerra, al menos podían salvarlos de la tristeza.

Muchos desplazados que llegaban al casco urbano esperaban ayuda de una administración municipal que resultaba impedida, sometida al abandono estatal entre las imponentes montañas que ahora eran el fortín de los violentos. La única mano amiga que veían era la del sacerdote que saludaba a todos con un abrazo, se sentaba a escuchar sus penas, y a través de una oración les recordaban que el de arriba sí reconocía sus nombres, sus vidas, su sufrimiento. “Por dentro destrozado pero uno que era el líder allí tenía que mostrarse firme, animándolos, porque si uno se desmotivaba, por supuesto que la gente también lo iba a hacer, entonces tenía que permanecer firme a pesar del dolor que uno tenía porque eran situaciones muy complejas, eso partía el alma”, comenta el padre Oscar Orlando cuando se le pregunta acerca de su labor allí.

En las radios de las casas y los negocios sonaba a través de la emisora del pueblo, todas las tardes la voz del sacerdote que lanzaba mensajes de aliento a los feligreses: “Yo les decía que los granadinos teníamos que ser como esos toros de casta, que mientras más doliera la estocada, se levantaban con más fuerza, con más valentía. También les decía que estábamos

viviendo la mejor época de nuestra vida, porque esta era una oportunidad de aumentar nuestra fe y pegarnos más a Dios; al principio la gente no entendía y ahora me dan la razón. En ese momento parecía un insulto, pero yo tenía la certeza de lo que decía”.

Así, poco a poco, con estas palabras y la presencia del sacerdote todos los días en las calles, en la iglesia, en los parques, la gente empezó a salir de sus guaridas, y empezó a escucharse en las calles un discurso unísono: “Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre”, y en el viento se iban levantando voces conocidas que iban llamando a la gente en una suerte de jerarquía de protección. Encabezando la procesión iba el Santísimo; detrás de él, el sacerdote que con su presencia parecía proteger a sus ovejas que lo seguían con fe, primero unas cuantas personas, luego se empezaron a unir más y más. Parecían negándose a desaparecer fruto de las armas o de la tristeza.

Con el pasar de los días, el parque principal, las calles y hasta las veredas empezaron a llenarse de chocolate, arepa, pan, rosarios y cantos, que muchas veces sonaban al unísono que las balas. Empezaron a formarse grupos de mujeres, jóvenes, niños y campesinos que se reunían en la iglesia o la casa cural. Muchas veces, lo único que hacían era simplemente ponerse a conversar, a hablar del día a día. “Solo se sentaban a hablar con el padre, y muchas personas decían que eso les dio otra vez ganas de seguir viviendo”, cuenta Gloria Quintero, líder comunitaria y secretaria de la Asociación de Víctimas Unidas de Granada, Asovida, y quien en ese entonces era madre comunitaria.

Mientras tanto, la guerra no parecía dar tregua. En abril de 2001 sucedió uno de los eventos más recordados por el pueblo, pues provocó un éxodo masivo de campesinos. A una parcela ubicada en la vereda El Vergel llegó un grupo de paramilitares quienes increparon a siete campesinos que se encontraban trabajando allí, los retuvieron y los asesinaron con arma blanca. De acuerdo con los habitantes, al que menos, le dieron 25 o 30 puñaladas. Esta masacre marcó un antes y un después en el municipio pues fue un asesinato a sangre fría totalmente arbitrario a personas que no tenían problemas con nadie y eran reconocidos en la comunidad. Incluso, a don Humberto Ramírez, una de las víctimas y líder comunitario, le rumoreaban que no hacía milagros porque le daba pereza. La gente asustada, decía ‘Si a Humbertico lo mataron, nosotros ya estamos es pasados de muertos”.

Pocas horas después, los vecinos de la vereda empezaron a llegar en masa al parque principal del municipio. Cuando se supo, el miedo se apoderó de la gente y muchos se negaron a ir a recoger los cuerpos, temerosos de las represalias de los violentos. En ese momento el carro de la iglesia se puso en marcha, con su conductor, Wilson Muñoz y el padre Oscar, emprendieron el camino de varios kilómetros en dirección a El Vergel y allí mismo llevaron los cuerpos de José Efraín y Vicente Giraldo, José Joaquín y Humberto Ramírez, Iván Darío Aristizabal, Humberto y Gustavo Duque, Andrés Emilio Salazar y Marta Mazo.

Los pobladores de esas veredas se negaban a regresar a pesar de que la papa, la zanahoria y el frijol ya empezaban a salir de la tierra en las pequeñas parcelas de las fincas, y el tiempo amenazaba con pudrirlos. En ese momento, el padre Óscar Orlando decidió no dejar que esto sucediera y empezó a invitar a la gente a recoger los cultivos. “Yo celebraba la misa de seis y me venía con un grupo de 30 o 40 personas del pueblo rezando el rosario, celebrábamos allá y junto con ellos nos íbamos para las fincas, entonces en una arrancábamos zanahoria, en otra papa, en otra frijol. Ya en la tarde nos regresábamos al pueblo, y así tuvimos varias semanas hasta que logramos evacuar todas las cositas que tenían porque si no se les iba a perder”.

Aunque el miedo seguía presente pues se sabían vigilados constantemente, la presencia de los sacerdotes les servía de garantía de protección, pues se habían ganado cierto respeto por parte de los actores armados y para muchos eran intocables. Sin embargo, ellos reconocían que seguían siendo vulnerables, observados de un lado y otro. La confesión se había convertido en el momento favorito de los insurgentes para hacer inteligencia sobre ellos, les preguntaban qué pensaban sobre un grupo, sobre el otro, y tenían que maniobrar para lograr salir bien librados de la situación. “Tocaba no confiar en nadie, porque uno no sabía quién era quién, tenía que cuidarse mucho de las palabras, muchas veces en las predicaciones iba a decir algo y pensaba ‘esto puede ser malinterpretado’, entonces tocaba decir una cosa totalmente incoherente para no expresar lo que uno quería porque podía ser fatal”, cuenta el padre Oscar Orlando.

El padre Oscar dejó el conflicto atrás hace muchos años. Después de salir de Granada, en el año 2008, trabajo varios años en la Curia de la Diócesis Sonsón-Rionegro, y luego fue trasladado a Marinilla, un pueblo cercano a Granada pero que no había sufrido con tanta fuerza los embates de la guerra. Allí permaneció hasta el 2018, cuando fue trasladado a La

Ceja; sin embargo, suele visitar con frecuencia el pueblo, que según él le dio los mejores años de su sacerdocio.

La última vez que acudió allí fue el 23 de septiembre de 2019, cuando ofició la misa en el acto en que las FARC pidieron perdón a las víctimas del municipio por todas las atrocidades cometidas. “Yo hablé sobre el perdón, es que el perdón se lo tenemos que dar a todo mundo, es que cuando uno odia el que se hace daño es uno, uno es el que se destruye. Por salud, por salud mental y física hay que perdonar porque uno es el que está pagando las consecuencias, destruyéndose, el perdón es sanador”, comenta el padre.

Hoy, casi 20 años después de los sucesos que marcaron su población se puede decir que Granada es otra, que renació de los escombros y se convirtió en un ejemplo nacional. Su casco urbano está completamente restaurado y poco a poco las personas han ido regresando a sus casas y a sus fincas, a la vez que hacen esfuerzos grandísimos para que no se olvide esta tragedia que vivieron y de esta forma no se vuelva a repetir. Así como no se les olvida quien los hizo pasar todo esto -desde políticos hasta actores armados-tampoco pasan por alto quién los ayudó en su renacer.

Por su parte, el Padre Oscar reconoce que el mérito debe llevarse la población, pues, la que antaño fuera considerada la cuna espiritual de la Diócesis, hizo gala de una fortaleza que les permitió volver a salir adelante:

“Cuando a mi me preguntan cuál ha sido el secreto por el cual Granada logró superarse tan rápido, yo siempre he dicho, la fe y confianza en Dios, porque esa gente tiene una fe extraordinaria, un amor grande al Señor y a la Virgen María y eso ayudó mucho para que la gente saliera adelante, y yo creo que eso fortaleció la fe, ellos no tenían más en quien creer en ese momento que en Dios”

En medio del desespero, de las heridas físicas, de la infraestructura destruida y los desplazamientos masivos, las heridas morales y psicológicas pasaban desapercibidas, y el Estado no daba abasto para brindar cobijo, alimento y alivio a los cientos de víctimas que resultaban cada día, por lo que la Iglesia fue fundamental en este aspecto, subiendo la moral de la gente. A pesar de que parecían haberlo perdido todo, nunca perdieron la fe, y esto fue la

gasolina que necesitaron para reconstruirse, reinventarse y renacer sin olvidar qué y por qué les pasó, pero mirando hacia el futuro, con ganas de perdonar y seguir adelante.

II

“Al final, lo que queda es abrazarse, confiar en el otro, amar y dejarse amar en medio de esta balacera que es la vida”. Grafiti visto en una pared del parque principal. Acción poética San Carlos.

Por encima del sonido de las balas impactando las paredes, de las armas disparando, de las suelas contra el asfalto, empezaba a levantarse un sonido seco, distintivo. Desde dentro de la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, del municipio de San Carlos, los sacerdotes tocaban las campanas ante el comienzo del enfrentamiento entre la guerrilla y los paramilitares o el ejército. Era un aviso, más que para esconderse, para salir a la calle a orar. Con la imagen del Santísimo en la mano, el padre Oscar Alzate salía a darle vueltas al pueblo rezando y alabando a Dios, pidiéndole por la paz del pueblo.

“Señor Dios, Rey Omnipotente: en tus manos están puestas todas las cosas. ¿Si quieres salvar a tu pueblo nadie puede resistir a Tu Majestad. Señor: Dios de nuestros padres: ten misericordia de tu pueblo porque los enemigos del alma quieren perdernos y las dificultades que se nos presentan son muy grandes. Tú has dicho: "Pedid y se os dará. El que pide recibe. Todo lo que pida al Padre en mi nombre os lo concederá. Pero pedid con fe"”.

La gente comenzaba a salir detrás del padre, aun teniendo los enfrentamientos casi a sus espaldas. Para el padre Oscar, y para la población en general, este acto era una forma de protección: “el único que nos podía proteger era Dios y tenía mucho valor porque muchas veces cuando salían los grupos armados y salíamos con el Santísimo Sacramento los grupos armados se tenían que ir porque sentían temor de Dios. Cuando lograba hablar con ellos yo les decía que eran orgullosos y soberbios pues se creían más que Dios, porque Dios es el único que puede tomar decisiones sobre la vida humana”, cuenta.

San Carlos está en la lista de los municipios más afectados por el conflicto armado en Colombia, de acuerdo con un informe de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, siendo los mayores flagelos las minas antipersona y el desplazamiento. El pueblo comenzó a vaciarse de forma acelerada a finales de los años noventa, ante el aumento de las masacres, las minas antipersona y los asesinatos selectivos por parte de las guerrilleras y los paramilitares. Se estima que entre 1997 y 2005, 22.076 personas abandonaron la población que tenía alrededor de 25.840 habitantes.

Desde su llegada al municipio en 1999, el padre Oscar, un hombre delgado, de caminar lento, ojos hundidos pero mirada compasiva, los pocos cabellos que le quedan color nieve, tomó la determinación de pararse duro frente a los actores armados. Sus procesiones desafiando los enfrentamientos y su negación a cerrar las puertas de la iglesia incluso durante los toques de queda lo pusieron en varias ocasiones en la mira de la guerrilla y los paramilitares. Y es que a pesar de que el pueblo estaba prácticamente deshabitado, las campanas nunca se callaron. Desde las 5:30 am hasta las 6:00 p.m., la iglesia estaba abierta y puntual sonaban sus campanas pasara lo que pasara.

Las cifras que dejó el conflicto en San Carlos explican muy bien cuál era el ambiente para la época. De acuerdo con el informe del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), el conflicto armado dejó “78 víctimas de minas antipersonal, 33 masacres en 10 años, 30 de las 74 veredas fueron abandonadas en su totalidad y más de 20 de manera parcial, cerca de 5.000 atentados a la infraestructura, asesinatos selectivos de líderes cívicos y 156 desapariciones forzadas. Estas cifras se deben en gran parte a su ubicación estratégica cerca de varias hidroeléctricas y sus amplias zonas montañosas que fueron favorables para la estrategia de expansión de los grupos insurgentes en el oriente del departamento”.

La presencia guerrillera data de los años 80; en el momento en que el Movimiento Cívico del Oriente estaba siendo fuertemente atacado por grupos paramilitares, combatientes del frente noveno de las FARC empezaron a hacer presencia en algunas veredas con la intención de hacer pedagogía de su movimiento, declarándose defensores del territorio. Su estancia se fue convirtiendo poco a poco en algo rutinario, hacían parte de la comunidad y muchos campesinos se acostumbraron a ellos, les ayudaban con sus tareas y les eran simpáticos por sus reivindicaciones sobre la tierra y la vida; con el tiempo fueron convirtiéndose incluso en una autoridad para los habitantes.

Empezaron a ganar más territorio y a hacer presencia en la zona urbana. Tras una primera toma al municipio el 24 de diciembre de 1990 por parte de esta guerrilla y el ELN que no dejó víctimas mortales, la noche del 3 de agosto de 1998 un grupo de guerrilleros del frente noveno de las FARC entró al casco urbano y comenzó a atacar el comando de policía, mientras otro grupo iba por las calles amenazando y disparando al aire y otro más intentaba tomarse la base del ejército en la vereda Dosquebradas. Además, dinamitaron las oficinas de la Registraduría y las instalaciones del Banco Caja Agraria, de donde se sustrajeron \$8 millones de pesos, según informó El Colombiano.

Luego de más de 10 horas de combate, ocho policías resistieron entre las ruinas del comando. Quizás cansados de la confrontación y a ver que los agentes no se rendían, los guerrilleros mandaron a buscar al párroco. Para ese entonces era Alpidio Ramírez, un hombre alto cuyo pelo ya empieza a escasear, siempre viste de tirantes y camina pausadamente de contextura gruesa, y caminar pausado. Ese día se resguardaba en la casa cural, a una cuadra del comando.

“Eran aproximadamente las siete de la mañana y una guerrillera llegó preguntando por el padre, entonces salí y me dijo que me necesitaban para ir a mediar para que los policías se entregaran. Yo fui, hable con ellos y cuando aceptaron, me dijeron que me podía ir, entonces yo le dije a uno de los guerrilleros que cómo me iban a asegurar a mí que no iba a haber reprimendas contra los muchachos, que yo no los dejaba ir solos y el que parecía el comandante se comunicó con alguien y me dijo que me podía ir con ellos”, expresó el cura.

La toma dejó un total de nueve civiles y dos policías muertos, además de seis policías y el sacerdote secuestrados. Aunque el padre insiste que lo suyo no fue un secuestro sino una especie de garantía humanitaria, permaneció tres días internado en la selva con los policías retenidos. Quizás porque él estaba presente, los guerrilleros parecían ser mucho más cuidadosos en el trato.

“No nos amarraron ni a mí ni a ellos, al menos delante mío no. El trato fue muy respetuoso, incluso que para la alimentación sí era muy igual, las dos noches que me tocó por allá, me mandaron a dormir aparte, primero nos dieron una carpa y una cobija y después como a las 10:30 p.m. me pidieron que me levantara porque me iban a llevar a dormir a una casa, porque no sabían qué podía ocurrir en la noche y no querían ponerse en boca de la opinión pública”,

cuenta sentado en una mesa de la pintoresca casa cural de la Parroquia Nuestra Señora del Carmen, también en La Ceja, su hogar desde hace cuatro años.

Allí se dedicó a dialogar con los policías que parecían encontrar en él un alivio para la situación, pero debido a su edad, que ya pasaba de los 50, y a su peso elevado, los guerrilleros prefirieron dejarlo ir. “Ya cuando me dijeron que me podía ir, a los policías les dio muy duro, pero tenía que obedecer. De allá salí me sacaron porque a nosotros nos ponían a caminar mucho, sobre todo en la noche, como para que uno perdiera el sentido de la ubicación y a mí me daba mucha dificultad, entonces a ellos no les gustaba. Me dijeron que un muchacho me iba a acompañar hasta la carretera y ahí debía esperar a que pasara un carro. Varias horas después pasó una volqueta del municipio y me recogió”.

Un mes y medio después de la toma, los pobladores observaron un helicóptero sobrevolando el municipio mientras lanzaba panfletos que decían “guerrillero entrégate, o se ponen el uniforme o se mueren de civil [sic]”. Luego, el 27 de octubre llegó un grupo de paras y asesinaron a 13 campesinos y desaparecieron otros 15. Según los reportes periodísticos consultados, un grupo de 200 paramilitares del Bloque Metro de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU) perpetraron este crimen. En la pared de una casa escribieron “Muerte a los sapos. Muerte al ELN. Los paramilitares llegamos ACCU”. Este hecho marcó el inicio de las masacres paramilitares en el municipio. Esa misma tarde llegaron al casco urbano y con lista en mano recorrieron las calles en busca de sus víctimas y asesinaron a siete personas: Carlos Alberto Serna, Jorge Guzmán, Víctor Velásquez, Jesús María Cano, Jesús Alberto Orrego, Raúl Abad Arias y Libardo Duque.

A partir de ese momento comenzó el éxodo masivo de los sancarlitanos. Los paramilitares empezaron a reclamar el territorio a punta de masacres y amenazas, y las FARC se negaba a ceder y les respondía a sangre y fuego, por esto muchas personas prefirieron salir, a veces sin saber a dónde, con tal de escapar del peligro y la zozobra.

Después de estos sucesos, la Diócesis ordenó el traslado del Padre Alpidio, temiendo por su seguridad y su salud. El 1 de enero de 1999 llegó al municipio el Padre Oscar Alzate. La situación que estaba atravesando San Carlos no era desconocida para los párrocos de la Diócesis, por lo que varios se habían negado a desplazarse allí; sin embargo, el Padre Oscar aceptó su misión, lo que después él llamaría, “un verdadero calvario”.

La mañana de su llegada fue recibido con la noticia del asesinato de Nevardo Morales, alcalde del municipio, quien ya había sido amenazado por los paramilitares, sin embargo este hecho se le atribuyó a la guerrilla de las FARC. Esto generó que se diera cuenta del nivel de dolor y miedo bajo el que estaba viviendo la población, pero no pareció sentirse acorralado al principio por tales sensaciones.

Empezó a utilizar la emisora y el púlpito como una herramienta para acusar a las FARC y los paramilitares de sembrar el terror en la población, de ejercer presiones y violar los derechos humanos. ‘Se van a ir al infierno si no se convierten’, solía decirles. A partir de ese momento, no fue raro que llegaran campesinos a pedirle que dejara de hacer ese tipo de comentarios frente a todo el pueblo o que mejor, pues los actores armados lo tenían fuertemente vigilado, y no les temblaría la mano para hacerle algo y hasta que lo citaran para hablar con ellos.

“Una vez yo viajaba entre San Rafael y San Carlos y me interceptó un grupo paramilitar, ya desde días atrás me venían haciendo seguimiento y me dijeron que me estaban buscando para hablar conmigo, porque yo era muy duro con ellos y que los denunciaba y que con tantas denuncias en el púlpito no les dejaba cumplir el objetivo que les habían encargado los jefes y que tenía que abandonar el pueblo, sin embargo yo insistí en quedarme para acompañar a la comunidad en tan doloroso viacrucis, el pastor tenía que seguir defendiendo a las ovejas”, comenta.

‘En San Carlos imperaba la ley del silencio, nadie se atrevía a decir nada, los periodistas acudían donde mí a la casa cural porque yo era el único que daba declaraciones y denunciaba ante el país semejantes atrocidades, todo esto me generó más amenazas de los grupos armados, hasta tal punto que tuvo que venir de Rionegro una comisión de Vida, Justicia y Paz a defenderme ante los insurgentes’.

Los asesinatos, y con ellos el terror, parecían aumentar con el tiempo, por lo que el párroco vio la necesidad de salir de los púlpitos y empezar a recorrer las calles. Muchas veredas estaban completamente dominadas por los violentos, por lo que la entrada era muy difícil, mucho más para los actores estatales, por lo que en caso de algún enfrentamiento que hubiese dejado heridos o muertos, era el carro de la parroquia, armado solamente con una bandera blanca, el que tenía que servir de ambulancia o carro funerario. Para la guerrilla de las FARC, la más

numerosa en el territorio, la Iglesia católica era la única permitida para mediar entre ellos y la población.

Cuando llegaban la guerrilla o los paramilitares al pueblo, y la gente corría a esconderse, el padre le hacía frente al terror saliendo en procesión por todo el pueblo exponiendo el Santísimo, afirmando que era para ‘invocar la paz’. Pero se convirtió en una forma de que la gente se sintiera segura, acompañada. Con el tiempo, este acto se volvió tan común que la gente, en vez de correr a esconderse, salía detrás, rogándole a Dios que parara ese suplicio.

Uno de los sucesos más recordados en la población es una ocasión en la que paramilitares sacaron a Jesús Eduardo Ramírez de su casa, sindicado de ser un guerrillero y después de torturarlo y asesinarlo, lo ataron a una moto y lo arrastraron por toda La Variante, la calle principal del pueblo, ante la mirada atónita de los vecinos y el llanto y las súplicas de su madre quien los perseguía. Varios minutos después, el padre Oscar decidió salir a conjurar esas calles, con el Santísimo en mano hizo una procesión entre el rastro de sangre que había dejado esa tortura.

Estas situaciones hicieron que la gente aterrorizada huyera de la población en cada vez mayor cantidad. Barrios y veredas quedaron deshabitados casi en su totalidad, y esto hacía peor de cierta forma la estancia para los que decidían quedarse, los resistentes, como se les llamaría después. El Padre Oscar, en medio de su labor humanitaria, tenía que lidiar también con sus propias emociones, que cada día parecían desbordarlo más, pues recordar esto hace que su voz se quiebre todavía y un pensamiento triste ensombrece su semblante.

“Una vez, un campesino que llegó a la casa cural con toda su familia, me dijo: ‘padre, hasta hace algunas horas yo lo tenía todo, mi finquita con vacas, cerdos, gallinas, caballos y la guerrilla me dio dos horas de plazo para abandonar la finca, solo pude traer un poco de ropa y ahora voy a comenzar a formar parte de los limosneros’, me estiró la mano y me dijo ‘padre, para que me de unos pasajes para irme para la ciudad, a pedir limosna porque no tengo a nadie conocido’. Todos estos casos arrancaban lágrimas de mi corazón y por eso a pesar de tantas amenazas insistía en quedarme acompañando el dolor de tanta gente, me parecía injusto que se fuera el pastor y abandonara las ovejas, así pude resistir durante tres años”.

El padre fue retirado de San Carlos en diciembre del 2001, pues el Obispo Flavio Calle temió que sus problemas de salud, muchos de ellos producto de la zozobra y el miedo por las constantes amenazas, pudieran desencadenar una tragedia peor. Hoy recibe a las personas que vienen a escuchar su historia en la modesta casa cural de la recientemente creada parroquia Beato Eugenio Ramírez en La Ceja, a 90 kms de San Carlos.

No le gusta hablar del conflicto, aún después de tantos años le incomoda recordar todo esto. Por haber sufrido tanto lo buscaban mucho en los medios de comunicación y él optó por escribir una carta, corta, de unas dos páginas, rememorando muy sucintamente todo lo que vivió y se la entrega a todo aquel que viene a preguntarle por su experiencia. Dice que sufre mucho de los nervios, que aún tiene pesadillas con eso, pero aun así participa en conferencias y retiros espirituales para víctimas y victimarios del conflicto. Hace parte de una fundación y tuvo la oportunidad de hablar con el Papa Francisco en el 2017, en representación de las víctimas.

El 7 de agosto de 1999, los habitantes de San Carlos dicen que la soledad terminó de consumarse cuando, por órdenes de la Dirección Nacional de Policía y ante el peligro inminente que corrían, fueron retirados del municipio los agentes que lo custodiaban. Horas después, varias facciones de las FARC bajaron al pueblo, reunieron a la gente y les anunciaron que a partir de ese momento ellos serían la autoridad. Patrullaban las calles en uniforme y fusil, eran los mediadores en las peleas, eran ellos los que mandaban e incluso estuvieron presentes en las Fiestas del Agua, tradicionales en el poblado. La administración, de acuerdo con las víctimas, ‘solo se movía en helicóptero’, intimidada. El párroco era el único que parecía poder mediar entre la población civil y la guerrilla, el único que podía levantar la voz, pese a las amenazas.

El 12 de agosto de ese mismo año, 300 paramilitares ingresaron al casco urbano. Sacaron a todo el mundo de sus casas y los llevaron al Polideportivo, donde iban separando a aquellos sospechosos de ser guerrilleros, para ser ejecutados. Este evento se convirtió en una leyenda, si bien los documentos oficiales hablan de que guerrilleros llegaron al lugar y empezaron a atacar a los paras, los habitantes hablan de una bomba, e incluso de un carro en mal estado que empezó a sonar como si estuviera a punto de explotar, asemejándose al sonido de los disparos haciendo que los paramilitares huyeran por temor a un enfrentamiento. De 25 personas que tenían separadas para ejecutar, alcanzaron a fusilar a seis.

Dos días después, el 14 de agosto el ELN atacó el casco urbano. Ordenaron desocupar el parque, afirmando que iban a dinamitar el comando; así lo hicieron. Cuando iban a continuar su recorrido de terror, el padre Óscar se les acercó diciéndoles que estaba a punto de casar 96 parejas en un matrimonio múltiple y les pidió que no dañaran la celebración y se retiraran. Luego de varios minutos de diálogo, volvieron a la montaña y el pueblo siguió en lo suyo, como si nada hubiese pasado.

Pero la vida tenía que continuar. Para la gente que había decidido quedarse se había vuelto habitual el miedo a los sonidos fuertes, a la gente extraña, hasta a sus propios vecinos, ya no se podía confiar en nadie, ni hablar, a veces ni mirar. Las calles quedaban vacías a las seis de la tarde, hasta que algunas personas se cansaron de esa situación y empezaron a reunirse con la excusa de rezar el Rosario, luego empezaron a salir a la calle a jugar dominó, parques, cartas, hacían chocolate con pan o arepa. A muchos se les volvió costumbre y se empezaron a juntar más y más con el tiempo. Una de las impulsoras de la iniciativa fue Pastora Mira, en ese entonces presidenta de los bomberos del municipio.

“En ese momento aprovechaba mucha gente que le había acabado de suceder algo para llegar aparentemente a jugar el bingo pero era a contar que le había pasado”, cuenta. Desde ese momento, Pastora, una mujer delgada, alta, con una mirada penetrante y una energía que se desborda a través de su voz ronca pero dulce la a vez, se convirtió en la líder más representativa de las víctimas. Llegó a ser concejala y lideró un grupo de búsqueda de desaparecidos en el municipio, el cual comenzó por la búsqueda de su hija Sandra Paola, secuestrada y asesinada en 2002 por paramilitares. Fue encontrada seis años después enterrada en zona rural del municipio.

Un excombatiente miembro de FARC consultado, analiza la situación que se dio allí, afirmando que hubo una degradación de la guerra en el municipio. “El caso de San Carlos fue bastante complicado porque hubo un momento en que la guerra se puso a un nivel tan descompuesto que no había ni confianza hacia el vecino de la vereda, entonces las FARC en un momento determinado le dicen a la gente que aquel que no se organice con nosotros se va, que salga, porque no vamos a confiar en nadie que no esté organizado. Ese fue un error brutal, porque terminó propiciando el vaciamiento del territorio que al final es lo que logra derrotar al noveno frente y sacarlo, yo creo que es la única parte del país donde fue sacada por completo la presencia guerrillera en una zona en la que duró más de 25 años”, explicó el reinsertado.

San Carlos fue considerado desde el principio por los insurgentes como un territorio supremamente estratégico, pues hace parte del complejo hidroeléctrico del Oriente, y tiene en su territorio la central con mayor capacidad instalada del país ubicada en el corregimiento El Jordán. De acuerdo al informe del CNMH, los grupos insurgentes vieron en el tema energético “un eje para sus denuncias sobre la estructura económica y en el sabotaje a la infraestructura hidroeléctrica una forma de presión y de lucha contra estatal”. Su presencia histórica y la aceptación de muchos de los pobladores de su presencia tornaron también este un territorio importante para los paramilitares en la lucha insurgente

El mundo puso sus ojos sobre este pueblo que había quedado casi vacío, consumido por las llamas de la guerra. Llegaban reporteros de El Espectador, de la BBC, de AP, de Reuters, pero la gente que tenía su vida allí se iba por montones. Hasta el padre Oscar se tuvo que ir, aunque hubiera querido seguir su misión de cuidar a las ovejas, como él dice, su situación de salud empeoraba cada vez, así que lo trasladaron hacia Rionegro, de manera que pudiera tratarse médicamente; los resistentes decidieron no bajar la cabeza y con el tiempo, después de que la guerra comenzara a perder fuerza, gracias a varias alianzas, poco a poco y aun con mucho miedo regresaron. A mediados de 2002, empezaron a llegar buses llenos de gente provenientes Medellín, Bello, Envigado y otras ciudades más, que habían salido con un pie adelante y otro atrás, y regresaban con la esperanza de recuperar lo perdido.

Al recorrer sus calles no se ven signos de la violencia y el terror. Hoy, el principal comando paramilitar en el que torturaron y asesinaron a cientos de personas en pleno centro del municipio, es un centro de memoria y reunión de la asociación de víctimas. Muchos de los espacios teñidos por la guerra ahora están plagados de murales, producto de la iniciativa de Joselo, un artista que, tras regresar de su desplazamiento, empezó a tomarse las calles a punta de pintura y hoy planea convertir a San Carlos en una galería de arte al aire libre. Así, dice que quiere que se empiece a pasar la página, resignificar los espacios.

“El proyecto nace del caos, yo no voy a justificar la guerra en ningún momento pero voy a rescatar las palabras de Albert Einstein que él dijo que el caos era necesario para el ser humano porque lo volvía más creativo. Un grupo de compañeros nos sentamos a hablar de que podíamos hacer relevante para cambiar la perspectiva que tenía el mundo del pueblo,

porque éramos noticia internacional, no por los charcos, la belleza de la fauna y flora sino por la violencia, entonces pensamos que teníamos el arte, la pintura, el teatro, la música, que debíamos hacer algo a partir de eso. Escogimos la pintura porque se queda tatuada y sembramos un precedente. Entonces dijimos que debíamos resignificar los espacios que fueron usados en algún momento por los alzados en armas como formas de intimidación psicológica, ellos hacían sus graffitis entonces nosotros quisimos resignificar esos espacios pero no de una manera estética simplemente, sino pintando las historias de la gente, de lo que eramos antes del conflicto, lo que somos ahora y cómo nos proyectamos en el futuro”, cuenta.

A pesar de que muchas cosas han cambiado, mucha gente se ha ido y no quiso volver, los que quedan están tratando poco a poco de reconstruir el tejido social que se perdió producto de la paranoia de la guerra, saben que el esfuerzo para reconstruirse no parará nunca. Mientras tanto, las puertas de la Iglesia jamás se cerraron, siguen abiertas de par en par y las campanas entonces –como en la guerra- siguen sonando con su eco rebosante, como un canto del triunfo de la vida sobre la muerte.

III

“Ya no hace falta más sangre y más dolor, basta”. El Padre Olimpo en una carta a la Diócesis

‘Ya es una reliquia’, me dijeron. El padre Olimpo se pasea por las calles de San Carlos y a cada momento la gente lo para, le pide la bendición, se ríen por alguno de sus chistes ocasionales, me hace uno a mí acerca de nuestro origen en común, pues nuestras familias vienen del mismo municipio. Sonríe con picardía, pero progresivamente va perdiendo el brillo en la mirada a medida que habla sobre sus experiencias en el conflicto, se va poniendo serio y hasta sombrío.

Le dedicó 23 años de su sacerdocio a ese municipio, después de 15 de estar por fuera, regresó, y dice querer quedarse ahí hasta el fin de sus días, a pesar de que todo ha cambiado mucho desde que se fue debido a la guerra que se libró allí y en toda la subregión.

En 1993 fue trasladado a Cocorná, municipio a 80 kms de Medellín, donde duró casi 10 años. Allí fue un actor importante en los momentos más críticos del conflicto armado que se vivió y que dejó graves consecuencias.

Al igual que en los municipios vecinos, la presencia guerrillera allí es de vieja data, siendo uno de los primeros municipios en los que se registra la entrada de grupos subversivos en el Oriente antioqueño, y se cuenta como uno de los más afectados, principalmente en cuanto al desplazamiento forzado, que dejó al pueblo con menos de 12.000 habitantes en 2008, de aproximadamente 30.000 que tenía en 1993, de acuerdo a cifras de la Presidencia de la República.

Para llegar a Cocorná se debe transitar por la Autopista Medellín Bogotá. Desde que se sale de Medellín, la autopista es amplia, de cuatro carriles, pero a medida que se avanza se va volviendo estrecha, se reduce a sólo dos, y pronto se va convirtiendo en una especie de laberinto a través del cual hay que serpentear entre las curvas descendentes y la constante niebla que se forma, y se mezcla con la abundante vegetación. Desde los miradores a bordo de carretera se puede observar el pueblo como si alguien lo hubiese puesto ahí desde arriba, para que se camufle entre toda la vegetación. Una colección de pequeñas casas en las que

solo sobresale tímidamente la torre de la Iglesia, y un edificio con aspecto de coliseo romano a las afueras, el cementerio. Cocorná parece escondido a propósito, como si quisiera guardarse de algún peligro.

A medida que se acerca al pueblo, empiezan a abundar los balnearios, los centros de recreación a cada lado de la autopista que cada fin de semana se llenan de turistas provenientes de todos lados quienes vienen a disfrutar el clima cálido y las aguas frescas que lo bañan.

Entre 1995 y 2003 del pueblo de no más de 210 kms² se desplazaron más de 16000 personas por el conflicto armado, de acuerdo a datos de la Red de Solidaridad de la Presidencia de la República. Durante esa época, los ríos y balnearios quedaron abandonados casi en su totalidad, pues por la Autopista Medellín Bogotá sólo podían pasar los carros que el grupo armado de turno permitiera, es decir, ambulancias, carros oficiales, de prensa o de la Cruz Roja.

Esta autopista se convirtió en casi que una víctima más de los grupos armados pues sus 855 kms de longitud eran un territorio en disputa ya que conecta a dos de las ciudades más importantes y es una vía primordial para el tráfico de carga de todo tipo. En su carrera expansionista, insurgentes y paramilitares secuestraron, extorsionaron, aislaron y se adueñaron de las poblaciones aledañas a esta.

La construcción de la vía en los años setenta significó un cambio radical para muchas poblaciones del país pues pasaron de estar aisladas y tener una economía meramente campesina a ser accesibles y llamativas para la creciente industria del país, y finalmente a ser un objetivo fácil durante el conflicto armado.

En el caso de Cocorná, así como varios municipios del Oriente, la autopista los atravesó de un tajo y cortó su territorio en dos. Aproximadamente 20 de las 72 veredas con las que cuenta quedaron prácticamente a bordo de carretera, y a principios de los 2000 terminaron completamente vacías de cuenta de la arremetida de los grupos armados que planeaban adueñarse del territorio.

El municipio fue uno de los primeros en la región en registrar la llegada de la insurgencia y a través del cual empezaron a esparcirse por la región. El ELN fue el primero en llegar a mediados de 1970, instalándose en las veredas más alejadas del casco urbano y convirtiéndose en parte de la comunidad, a tal punto que la gente empezó a acostumbrarse a su presencia y a sus discursos, muchos de ellos simpatizando de manera directa o indirecta con ellos. Años más tarde hace su ingreso las FARC, primero en San Rafael y San Carlos y luego pasó a San Luis, Cocorná y otros municipios con los frentes 9 y 47.

A finales de los años 90 comenzaron a escalar y a buscar llegar al casco urbano y adueñarse de él como parte de su campaña de expansión y desestabilización. Poco a poco la gente del casco urbano, que ya sabían de los rumores de su presencia en las veredas, empezaron a notar que pasaban por algunas vías de las afueras hombres y mujeres de uniforme y de fusil, y cuando menos lo pensaron, ya estaban paseándose en las calles centrales.

Para el pueblo el conflicto llegó el 30 de julio de 1998.

Ese día a media noche entraron al parque principal insurgentes del bloque Carlos Alirio Buitrago del ELN con la intención de atacar con pipetas el comando de policía, que quedaba a media cuadra del parque principal, pegado a la casa de la cultura. En el pueblo, los edificios importantes están en un mismo bloque: el comando, la casa de la cultura, el palacio municipal y el Banco Agrario. Las pipetas dejaron secuelas en muchos de ellos y derribaron una pared de la casa de la cultura, destruyendo la biblioteca y los instrumentos de la banda musical. Tres oficiales de policía fueron asesinados.

A partir de entonces todo comenzó a cambiar, nadie quería salir a la calle, las tiendas y almacenes estaban cerrados, y muchas familias comenzaron a desplazarse. Todos los días se escuchaban enfrentamientos y la gente vivía con el temor de que volvieran a irrumpir en el pueblo.

El Padre Olimpo veía como cada vez asistía menos gente a misa. Las familias se iban a medida que aumentaban los enfrentamientos y las muertes. Una gran parte de su población vivía del turismo y del lavado de los carros que pasaban por allí, y ante las constantes amenazas y el cierre de la autopista tuvieron que desplazarse, y lo mismo en el casco urbano quienes tuvieron que irse por el miedo a tener que verse cercados dentro de su mismo pueblo,

de observar cómo poco a poco se iban adueñando de todo. Sin embargo, del tímido campanario de la iglesia seguía saliendo cada hora el retumbante sonido de las campanas, recordándole a la gente que la vida tenía que seguir. “La serenidad de la gente dependía de la de uno, si a uno lo veían con ánimo y tranquilo ellos conservaban la calma, y eso ayudaba mucho y muchas veces inclusive se iba la guerrilla a las 5 de la mañana y a las 6 estábamos tocando para la misa, incluso por encima de los escombros de la plaza, la gente decía que volvían a vivir al escucharlas”, cuenta.

Desde que comenzó su sacerdocio se dedicó más que a guiar las almas de sus fieles, a cambiar el rumbo de muchas comunidades en las que estuvo. Fundó las emisoras de La Ceja y Cocorná, e hizo parte de los fundadores y las juntas directivas del hogar juvenil de San Carlos y varias cooperativas campesinas en esos mismos municipios.

De igual forma en Cocorná, desde su llegada en 1993 se hizo partícipe de varias iniciativas, y el conflicto hizo que se viera aún más su liderazgo. Hasta podía decirse que parecía un miembro más de la administración. Con cada evento traumático estaba allí presente, hombro a hombro con el alcalde. En cada situación el primero que se enteraba era él y era quien conocía todo lo que sucedía y trabajaba de la mano de ellos para ayudar a los más necesitados.

Y es que en la historia del pueblo siempre ha habido una relación cercana con los sacerdotes. Fue fundado en 1793 por un sacerdote marinillo, el Presbítero Jorge Ramón de Posada. A partir de entonces la capacidad de la Iglesia sólo siguió creciendo, convirtiéndose en impulsora de proyectos y empresas para los más vulnerables.

Incluso en el conflicto armado los padres tuvieron muchísima relevancia. El ELN tuvo gran presencia allí, a diferencia de la gran mayoría de los municipios del oriente, debido a que el frente Carlos Emilio Buitrago fue fundado allí.

A finales de los años 70 llegó al municipio el sacerdote Bernardo López Arroyave, perteneciente al grupo Golconda y convencido total de la Teología de la Liberación. Junto a él un equipo de monjas, seminaristas y catequistas también simpatizantes de las ideologías del ELN comenzaron a hacer pedagogía en veredas de San Luis y Cocorná.

Desde el púlpito, López criticaba las injusticias sociales y las uniones entre los terratenientes y el gobierno. Los grupos paramilitares identificaron el trabajo del sacerdote y su grupo, y comenzaron a perseguirlos. En 1982, en un atentado realizado en zona rural de Cocorná dirigido al sacerdote, fueron asesinados cinco catequistas, entre ellos los hermanos, menores de edad, Carlos y Emilio Buitrago. Con la consolidación del grupo insurgente en el territorio unos años después, se creó el bloque en honor a ellos, que hizo presencia en la subregión desde entonces.

Pocos meses después de la toma de julio hicieron su entrada los paramilitares. Un día un helicóptero sobrevoló el pueblo lanzando panfletos que decían, “Somos las Autodefensas Unidas de Colombia, estamos declarando la guerra sin cuartel sobre las guerrillas del ELN y las FARC y a quien sea su colaborador, informante o se relacione de alguna manera con ellas. Desde hoy no pararemos hasta terminar con esta plaga. Son ustedes o nosotros”. Entraron por la misma zona por la que habían llegado las guerrillas, y comenzaron un plan de exterminio; todo aquel que tuviera cualquier relación con un guerrillero era cruelmente asesinado, su consigna era “un guerrillero no vale ni la bala con la que se sacrifica” y sus armas favoritas para matar eran las motosierras, los martillos y las navajas.

Las mulas y caballos llegaban al pueblo con sus jinetes asesinados sobre su lomo, los ríos y los caminos empezaron a llenarse de cuerpos. No había día que no hubiera un velorio y un entierro. El Padre Olimpo, a nombre de la parroquia, donaba los gastos de los entierros y hasta tuvo que ampliar el cementerio por la gran cantidad de NNs que se presentaban todos los días y nunca eran reclamados por sus familiares. “Ahí enterraban la gente como si fueran animales sin ninguna identificación. Eso sí, con la santa bendición que no diferenciaba entre una alma con nombre y una desafortunada NN.”

El Padre Olimpo no descansaba. Desde que llegó el conflicto empezó a salir más que antes, convirtiéndose en un mediador y defensor de las víctimas. La noche, cuando nadie más salía por miedo se convirtió en su momento más arduo de trabajo. Repartía reliquias y oraciones por debajo de las puertas de las casas para recordarle a los fieles que no estaban solos. Otras noches se le escuchaba salir en el carro de la parroquia evacuando a familias que habían sido amenazadas o yendo a rescatar a algún secuestrado.

“Cada que secuestraban a una persona yo iba al monte a hablar por ellos, me tocó recibir varios alcaldes que liberaron en Cocorná o en San Francisco; tuve que salir de noche al monte porque a la gente la secuestraban, la ponían a caminar y en un paraje que se llamaba El Chocó, cerca de una cascada, los mataban, entonces me llamaban para ir a recogerlos; también si los liberaban. Toda persona que llegara al carro de la parroquia ya estaba segura, nunca nos quitaron a nadie; también tocó sacar muchas familias al amanecer, gente que estaba amenazada, extorsionada y que no querían pagar, entonces los sacaba de la población en el carro de la parroquia, tipo una o dos de la mañana; tocaba ir a hablar por la gente que secuestraban, interceder por ellos. También muchas veces tuve que avisarle a la gente que la iban a matar porque habían listas, entonces le avisaban a uno a quienes iban a matar y los sacaba; muchos creyeron en eso y están vivos porque huyeron, otros no creyeron y están muertos”, explica.

Mientras tanto, las guerrillas, sobre todo el ELN, insistían en tomarse el poder del pueblo. Alegando estar intercediendo por la población y defendiéndolos de actos de corrupción secuestraron al alcalde, José Aldemar Serna en tres ocasiones diferentes: en 1997, siendo candidato electo y en 1998 y 2001. En todas las ocasiones, el Padre Olimpo estuvo al frente de las negociaciones para su liberación acompañado por la Diócesis.

El ahora ex alcalde tuvo que salir del país por el miedo a que le hicieran daño a su familia. Vivió 15 años en Canadá y terminó regresando porque extrañaba su tierra natal. Hoy, desde Cocorná, recordando esos momentos reconoce el papel que tuvo la institución eclesiástica en esa época: “había tanta comunicación y compromiso entre la Iglesia y la comunidad que el Padre Olimpo también arriesgó su vida por la misma situación y no solo él sino Monseñor Flavio Calle, que ofrecían su propia vida por el bien de la comunidad”

Cecilia Zuluaga fue secretaria de gobierno en esa época y alcaldesa encargada mientras Serna estuvo secuestrado. Era la bibliotecaria del pueblo antes de que la casa de la cultura fuera atacada. Fue testigo y víctima de la paranoia que se vivía. Los grupos armados tomaron como enemigos principales a la administración, intentando siempre atentar contra ella, amenazar y secuestrar a los funcionarios. Ella corrió con suerte, aunque se convirtió en su mensajera.

“Las FARC y el ELN siempre peleaban, lo sé porque a mí me hacían llegar a ciertos lugares para darles información que ellos necesitaban, porque tenía que ir o sino iban por mí. Alguna vez me tocó que yo estaba en la oficina, entraron y me preguntaron si yo era la secretaria de gobierno, que el comandante necesitaba hablar conmigo en tal parte a tales horas. Llegué y a la media hora la otra guerrilla diciéndome que el comandante me necesitaba, entonces me tocaba ir, coger otro carro e irme para allá, era muy duro”.

Los padres de la parroquia conocían todo lo que pasaba, y dónde estaba cada funcionario. Cecilia, o Chila como le dicen de cariño, era la primera en contarle a ellos qué estaba haciendo y a donde iba, para que le dieran la bendición, la confesaran y le contarán a su familia si algo pasaba, pues sabía que salía pero no si regresaba.

En 1998 comenzó a circular el rumor de que la guerrilla y los paras se tomarían por completo la autopista y todas las veredas alrededor tenían que ser desalojadas porque se convertirían en el escenario de la guerra. La gente aterrorizada y cansada del conflicto empezó a irse en masa, sin saber a dónde ni con qué. Al poco tiempo llegaron al parque principal del municipio unas 1.480 personas desplazadas con lo poco que alcanzaron a llevarse.

Ese sería un paisaje con el que tendrían que vivir durante varios años. En tres ocasiones más, las personas que lograban devolverse a sus fincas eran desalojadas ante las amenazas de los grupos armados de asesinarlos si no se iban. En abril de 2000, 2115 personas vivieron durante varios días en albergues; en 2001 se lanzó un panfleto advirtiendo que quienes vivieran a un kilómetro de la vía debían salir, ante la imprecisión de la medida 800 personas fueron desplazadas, y finalmente en 2003 ante la arremetida del Ejército Nacional volvieron a desplazarse gran cantidad de habitantes de esta zona.

No había forma de entrar ni salir de Cocorná sin ser visto por los grupos armados. La estrecha autopista se convertía en una trampa porque en cualquier momento aparecían carros quemados y atravesados; si se lograba sortear el miedo y los obstáculos, al llegar al vecino municipio de Santuario había que superar el retén permanente puesto por los paramilitares, quienes tildaban a cualquier persona que viviera autopista abajo, de guerrilleros.

Así poco a poco el pueblo fue perdiendo su espíritu. La orden era que después de las 5 pm no podía haber nadie en la calle. Sin embargo, a un grupo de jóvenes, encabezado por Tiberio

Montoya, concejal del municipio en ese entonces, se les ocurrió ponerle la cara al miedo y devolverle un poco de vida al que ya parecía un pueblo moribundo. El 20 de agosto de 1998 convocaron a toda la población para una chocolatada comunitaria acompañada de música y trova. Fue una manera de demostrarle a los violentos que el amor por la tierra valía más que sus fusiles. El padre Olimpo ayudó en su planeación. “Fue un modo de des tensionar la gente y también demostrarle a la guerrilla que no era lo que ellos dijeran, que estábamos cansados con su actuar y para matar una persona que se rebele es fácil, pero para acabar con un pueblo entero es muy difícil”.

Los días seguían pasando y la gente intentaba regresar a la normalidad aún con todos los cambios que veían. El parque se convirtió en una trinchera gigante. En cada esquina del pueblo había casitas hechas en cemento y piedra con malla desde donde los policías vigilaban permanentemente a través de unas mirillas. Incluso el palacio municipal tenía sus propias trincheras debido a los múltiples intentos de ataque que había tenido; ante el miedo los funcionarios mandaron a hacer un túnel subterráneo que llevaba al otro lado de la calle.

El conflicto llegó a su punto más alto el 30 de noviembre de 1998, cuando al caer la tarde, tropas del noveno frente de las FARC y del frente Carlos Alirio Buitrago del ELN se presentaron en el parque y anunciaron, a punta de plomo, que todos debían irse, pues dinamitarían el comando y todos sus alrededores.

A esa hora la plaza estaba llena, porque se estaban preparando para ir a una procesión religiosa con el Santísimo. Todos corrieron a esconderse donde pudieron ante el inminente enfrentamiento entre la guerrilla y los pocos oficiales de policía que custodiaban.

Al mismo tiempo un carro bomba fue detonado al frente del palacio municipal con gente adentro, pese a que ya había terminado el horario de atención. Cecilia fue una de las que estaba allí, quedando atrapada entre los escombros del edificio. “Yo estaba en el palacio, eran las 5 de la tarde, cuando sentí el traqueteo, entonces yo me tiré al piso, y eché a correr por el pasillo hasta el final de la oficina y me fui a la oficina de planeación hasta las 2:30 am que nos sacó la guerrilla, y eso porque pedimos que nos sacaran pues iban a dinamitar el palacio, entonces empecé a llamar que nos sacaran y les dije que prefería estar viva en el monte y no estripada aquí”.

Después de 12 horas de combate, la guerrilla se retiró dejando totalmente destruido el comando y la casa de la cultura, y semidestruído el palacio municipal. Fueron asesinados cuatro policías

La Policía Nacional del departamento tomó la decisión de retirar los uniformados como una forma de protegerlos ante los constantes atentados que se habían dado en los últimos días. En pocas semanas la policía salió de municipios como San Carlos, Argelia, San Francisco y Nariño. En Cocorná se intentó implementar la medida, pero la administración municipal se negó a dejarlos ir, y en cambio los ‘adoptó’.

Cecilia fue una de las principales impulsoras de la medida, ante el terror de quedarse desprotegidos. “Ese día medio pueblo se puso en contra de nosotros y nosotros les dimos la entrada al palacio; por eso la gente más bien se retiró porque muchos estaban a favor de que se los llevaran pues por ellos mataron a muchas personas acá. La orden de la guerrilla era que todo civil tenía que permanecer a 100 metros de la fuerza pública, entonces todo el mundo les huía. Sin embargo la administración dijo no, que así tocara mantenerlos nosotros no los íbamos a dejar ir, entonces los ubicamos en el sótano del palacio, y muchos de los funcionarios de la administración al ver eso sacaron sus corotos. Por la destrucción del palacio, el padre Olimpo prestó el teatro parroquial y allá se desplazaron todos los funcionarios a excepción de una funcionaria de la tesorería, el alcalde y yo, que no nos quisimos ir de allá. Atendíamos en las ruinas”.

Al igual que a la administración, al Padre Olimpo le llegaban constantemente con razones de parte de los insurgentes. No les gustaba que estuviera tan activo y que ayudara a personas que ellos consideraban sus enemigos, pero él no se guardaba nunca la palabra para ayudar o reprender a quien podía. “Yo hablaba continuamente con los guerrilleros, me trataban inclusive con respeto y yo me aprovechaba de eso para ayudar a la gente, en el fondo hubo un gran respeto; con las AUC la relación era más tirante, porque uno de todas maneras como sacerdote tiene que hablar, y yo oraba por los que se morían, campesinos, soldados, guerrilleros; en los entierros siempre decía que el único dueño de la vida del hombre es Dios y ningún asesino del mundo encontrará donde esconderse cuando Dios les pida cuentas. Eso los exasperaba a ellos, inclusive decidieron matarme a mí en 1986 y me avisaron y sé que intentaron varias veces pero no, no era hora de cancelar matrícula porque yo me oponía a la

guerra, protestaba por toda vida que ellos sacrificaban fuera del lado que fuera, a mí no me importaba de qué bando era”

Un día de 2000 se le acercó en la Iglesia un hombre alto, de unos 40 años, trigueño, de cabello ondulado y apariencia melancólica y le dijo que estaba cansado de la vida que estaba llevando y quería que él lo ayudara a cambiar de rumbo. Era alias ‘Jonathan’, un conocido líder guerrillero del ELN en la zona, estratega de la organización. Sabía que el único que podía sacarlo de allí era el padre, pues los subversivos lo respetaban mucho, pero le advirtió que eso le podía costar la vida. Días más tarde salieron en el carro de la parroquia en las horas de la mañana. Lo metió en el maletero y lo cubrió con una funda para que no se viera. “Lo saqué hasta Rionegro, había que pasar retén de las Farc, del ELN que eran sus compañeros, tres retenes del ejército en la autopista, del Gaula en Santuario, y de la Sijín en Marinilla, y eso fue obra de Dios, aunque uno se ayudaba con la tranquilidad pero con un tipo en un carro tirado atrás, armado, uniformado sabiendo que en un retén lo requisaban y se embalaba uno también; pero no, yo llegaba a un retén y me decían ‘padre siga’, no se asomaron ni el ejército ni la guerrilla ni la Sijin ni el Gaula, eso fue una cosa increíble a pesar de las dificultades y los riesgos.

Días más tarde le llegó una citación del ELN. Le pedían que se reuniera con ellos en Santa Ana, un corregimiento del vecino municipio de Granada, en el que lo interrogaron acerca de su intervención en el escape de alias ‘Jonathan’. Él aceptó su culpabilidad y lo dejaron ir, sin embargo, dos días después lo volvieron a llamar al mismo punto. “Ahí me recibieron con un fusil en el pecho, ‘cura metido hijuetantas’, y yo le contesté que me tocaba meterme. Me leyeron el código guerrillero, ‘el que auxilie un desertor será ejecutado’. A mí no se me pasó la muerte por la cabeza ni un segundo, a lo último ya como ellos me conocían mucho porque eran unos niños cuando me conocieron aquí, entonces yo creo que eso ayudó mucho, y también que no negué lo que hice, donde hubiera negado me hubieran ejecutado de una. Me pusieron un plazo para salir de 8 días, en silencio que nadie supiera y no volver a la región, yo discutí un poco con ellos pero no fue posible que el plazo se alargara, y de todas maneras salí”, cuenta.

Así, el Padre Olimpo fue trasladado a Rionegro y tardó varios años en regresar a Cocorná. La orden era salir del Oriente pero él se negó pues se debía a la Diócesis.

Hoy, a pesar de que está agotado por todas las situaciones por las que tuvo que pasar no se arrepiente de nada. Sabe que como sacerdote su tarea estaba con los fieles.

“Uno no puede ser un perro mudo, hacerse el bobo, caminar por la sombra cuando hay dificultades, cuando la gente está metida en la grande y no tiene quien les ayude, ¿cómo se esconde uno? Uno no tiene sangre para hacerse el bobo en un caso de esos, no. Tocaba meterse, ayudar, decirle a la gente que ahí estábamos, y aunque no podíamos hacer más los acompañamos, y eso les daba valor. Más fácil era para uno irse para otra parte pero no era lo correcto, yo les decía, ‘cuando se vaya el último, apagaremos la luz y nos iremos, mientras haya gente aquí estamos’”.

La dignidad no está en juego

Este proyecto surgió de una hipótesis nacida de las miles de historias que escuchaba, de los rosarios con mis tías y de las reflexiones en clase: en el país del Sagrado Corazón la fe salva vidas, de todas las maneras posibles. El conflicto tocó de una u otra manera a muchas familias, y muchos de los sobrevivientes de los grandes desastres sólo pueden explicar el seguir vivos, a diferencia de sus familiares y amigos, por la providencia de Dios; y pese a las dificultades, a tener que enfrentar muerte, desplazamiento y angustia, ponen su sufrimiento al servicio de Dios y del prójimo entregándose a la resignación y la esperanza de una mejor vida. De ahí viene mi hipótesis, ese “Dios me tiene reservado algo mejor”, “si no me morí ese día fue porque Dios lo quiso”, o “que todo sea a la voluntad de Dios” es lo que ha hecho que miles, o quizás millones de personas se levanten todos los días a seguir trabajando, arando la tierra, luchando por los desprotegidos y desposeídos, y han sido los que han mantenido en pie los pueblos y las ciudades, evitando que este país se desmorone de tristeza.

Granada, San Carlos y Cocorná son sólo tres de tantos casos en este país de pueblos que buscaron una forma de levantarse y resistir, y que lucharon por reconstruirse -física y espiritualmente- después de los eventos traumáticos por los que tuvieron que pasar.

Viktor Frankl, psiquiatra austriaco, escribió su obra cumbre *El hombre en busca de sentido*, basado en su experiencia como prisionero en los campos de concentración nazi. En el libro narró cómo hasta en las condiciones más inhumanas, los prisioneros intentaban sobrevivir de manera digna, y más que eso, buscarle un sentido a la vida.

Argumentaba que quienes tuvieron más posibilidades de sobrevivir y que se mantuvieron con una actitud firme fueron aquellos que se aferraron a la esperanza de volver a ver a un ser querido o de realizar alguna meta o sueño. “El prisionero que perdía la fe en el futuro estaba condenado” y se convertía en un muerto viviente.

Fueron justamente estas enseñanzas las que aplicó el Padre Oscar Orlando en Granada, utilizando este autor como inspiración para darle ánimos a su gente, y este municipio, considerado por la misma Diócesis como baluarte de fe en la región, se aferró a las palabras de esperanza del párroco para seguir adelante.

“El decía que el problema no es el dolor o el sufrimiento, es no encontrarle sentido a ese dolor, por lo que yo trabajé los primeros dos años para canalizar el dolor y el sufrimiento como un pueblo creyente en la cruz de Cristo, entonces yo les decía que lo importante aquí era no sufrir inútilmente, que había que sacarle provecho al dolor y al sufrimiento”.

Esta investigación fue muy reveladora y transformadora para mí. A la par que iba construyendo mi hipótesis, iba descubriendo el territorio del que me sentía tan orgullosa pero que desconocía casi por completo, y me hizo reflexionar acerca de muchas cosas, no sólo como periodista sino como ser humano y habitante de este país. Crecí en un pueblo del Oriente que parecía la excepción de toda esta hecatombe, en una de esas familias que sólo ven el conflicto por televisión y se compadece de manera lastimera de sus víctimas. Acercarme a este trabajo fue darme cuenta que a menos de 30 kilómetros de mi casa, en lugares a los que había ido a vacacionar, se había dado esa guerra y había muerto gente inocente.

El Oriente ha sido una región de matices, en la que se funden las grandes fincas de descanso con las humildes casas campesinas, las pomposas parcelaciones con las hectáreas de lechuga, papa, frijol, flores y fresas; y las grandiosas camionetas 4x4 comparten carretera con recuas de mulas. Municipios con pocos kilómetros de diferencia parecen estar separados por el tiempo y el dolor. Pese a todas estas transformaciones, el espíritu campesino aún permanece en el corazón del oriente. Esa idiosincrasia que parece que se detuvo en el tiempo en el que la tierra trabajada es la mayor riqueza, al vecino se le ayuda, al forastero se le acoge y Dios siempre será primero.

Hoy parece haber dejado atrás el capítulo sangriento del conflicto. Los parques se vuelven a ver llenos de gente, los ancianos ya los adornan de nuevo con su presencia, pero les falta gente, les falta espíritu, aun cuando parece nunca haber ocurrido nada, el espíritu de solidaridad y camaradería propio de esas tierras parece estar vagamente presente, a pesar de que nunca falta el ‘buenos días’ si te cruzas con algún desconocido por la calle o la carretera.

La historia ha marcado una lucha constante por su tierra. Desde los primeros campesinos luchando por sobrevivir en una tierra dura e infértil, pasando por aquellos dándole la batalla a las grandes empresas en los años sesenta para que no les quitaran sus tierras y los convirtieran

en desposeídos, hasta aquellos que se esforzaron por permanecer firmes en medio de las balas.

Entre las afectaciones del conflicto armado, el desplazamiento constante, las minas antipersonas, el secuestro, el asesinato y las explosiones, hubo un problema que la capacidad del Estado en ese momento no pudo cubrir: la gente estaba comenzando a perder la batalla contra la tristeza, y su salud mental iba cada vez más en descenso a medida que aumentaba el hostigamiento de los actores armados. Como una de sus tantas estrategias, tenían a campesinos sin un minuto de paz en lo que antes era considerado un remanso de tranquilidad.

La resistencia de muchos de ellos fue permanecer cuerdos, y la fe jugó un papel importante. Al comenzar este trabajo pensaba firmemente que era la fe en Dios lo que había permitido que muchos no sucumbieran ante la tristeza de estar lejos de sus seres queridos, ante la impotencia de no salir de su pueblo y verlo cada vez más solo o el miedo de no saber dónde estaban los suyos, pero al llegar a esos pueblos me permitió darme cuenta que la fe es un concepto muy amplio, y que Dios pareció ser solamente una excusa, o una forma de llamar a la fe en sí mismos, en su familia y en su pueblo.

Como lo dije al principio, todas las historias que hay aquí son de resistencia a esas armas silenciosas pero letales a las que el Estado tardó bastante en hacerles frente: la tristeza y la desesperanza. Y en medio de todo ese caos, el faro de luz que parecía alumbrar a muchos de ellos y ellas eran los hombres de sotana que aparecían incólumes e inmunes ante todo este dolor, porque estaban acompañados de una energía superior que les daba la fuerza suficiente para repartir entre los demás.

La intención original del texto era descubrir cómo los ministros de la Iglesia habían lidiado con estas situaciones a través de su fe, pero en el proceso pude darme cuenta de que estas historias estarían vacías de significado sin la fuerza y la resistencia que aportaron sus comunidades, que estos curas se debían a su pueblo, me atrevería a decir de manera descarada, más que al propio Dios. Más que una cuestión de dogma o de obediencia a su Iglesia, lo que hubo aquí fue humanidad y amor por su pueblo. Si bien es importante reconocer que son sólo tres historias de entre los miles de sacerdotes que vivieron el conflicto en todo el país, y hubo todo tipo de actuaciones, buenas, malas y cuestionables, me pareció

significativo resaltar estas tres en las que primó la generosidad y la abnegación que la gente tanto necesitaba en aquella época.

Pudieron haber sido indiferentes a esto, pudieron haberse quedado encerrados entre las paredes del templo, pero no lo hicieron, siguiendo con la tradición de la Iglesia en la región de ser parte activa de la comunidad, no dejaron de lado su labor transformadora de la sociedad y del alma e hicieron una tarea humanitaria que ha pasado desapercibida durante muchos años, pero que ayudó a cimentar las bases de la reconstrucción espiritual de esos pueblos que por un momento parecieron estar a punto de dejar de existir.

Hoy, cada uno de estos municipios ha trazado su nueva historia sin dejar de recordar de donde vinieron pero con la mente puesta en para dónde van, y la Iglesia ha sido fundamental en esa nueva historia. Con la herencia, un tanto criticada, de corporaciones como Prodepaz y Vida, Justicia y Paz siguen haciendo presencia y generando proyectos productivos y espirituales que ayudan a las víctimas y a los campesinos en general.

El Oriente es ejemplo nacional de paz, de reconstrucción y de fortaleza, sin embargo, ahora el reto está en que ese reconocimiento se traduzca en verdadera reparación para las víctimas, aún hay muchas preguntas que responder y necesidades insatisfechas a las que el Estado no le ha dado respuesta. La lucha por los recursos tampoco ha cesado, hoy los recursos naturales de la región siguen estando en disputa entre los habitantes de estas tierras y las grandes empresas que buscan explotarlos. Aún existe el germen de lucha en aquellos que se hacen llamar hijos y nietos del Movimiento Cívico, todavía permanece el espíritu de lucha y resistencia que se niega a renunciar a la libertad que le infunden las montañas, los ríos y la herencia de los abuelos campesinos, inspirados en la fortaleza de estos hombres y mujeres que resistieron a los violentos en todas sus formas.

Este trabajo fue, al fin y al cabo, una excusa personal para hacerle un homenaje al territorio que me vio nacer y que quiero tanto, y a todas aquellas víctimas que eligieron no quedarse quietas ante la fría mirada de sus victimarios y decidieron hacerles frente, con el simple hecho de desafiar el miedo al que estaban sometidos y que hería más que las balas.